

## De regreso a Cajamarca. Una travesía de observación en torno a la vocación docente. (Re) cuento del viaje

Richard E. Hayek  
Oscar I. Cuellar

Licenciados en Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana  
(IDEAD-UT).

Todos tenemos historias que contar. Nos pasamos la vida contando historias, contándonos historias: sucesos hilados por el devenir de acontecimientos que, en su relación, o en su propio suceder, nos parecen dignos de ser tenidos en consideración...

–José Contreras Domingo–

Después de múltiples desaires no me quedaba de otra que insistir. Era lunes; empezaba otra semana y el viaje a Cajamarca estaba en suspenso. Entonces fui a un SAI, ingresé a Facebook y le dejé un mensaje a Viviana, aquella profesora del Liceo Principito; ¿la recuerdan?, la mujer aguerrida y trabajadora de 27 años, de ojos grandes y oscuros, de cabello negro y liso, de voz suave y envolvente, de manos delicadas como para –quizás– forjar con ellas el porvenir de sus estudiantes. No puede ser que la hayan olvidado tan rápido, pero si así fue, no se preocupen porque Oscar y yo estamos aquí para hacer memoria, para seguir trayendo a colación las experiencias pedagógicas de Viviana, procurando imbricarlas con nuestras propias experiencias y con las de quienes justo ahora nos leen; incluso con las de esos otros que por diversos motivos se hallan ausentes del lado opuesto de la pantalla.

Ya el martes, la creciente preocupación me empujó a hablar con Oscar. Por teléfono le pedí que se comunicara con Viviana; que si era preciso le rogara para conseguir un espacio dentro de su ajetreada rutina escolar del día miércoles. No obstante, ese día, precisamente ese y no otro, se llevarían a cabo las pruebas SABER PRO, las que planifica el MEN; entonces no había

nada que pudiéramos hacer para cambiar lo impostergable. Así, por razones de fuerza mayor, veíamos cómo el viaje quedaba en el limbo una vez más. Unas horas después, ya en la noche del mismo miércoles, Oscar y yo nos comunicamos con Viviana, quien al fin abrió un lugarcito en su agenda para recibirnos al viernes siguiente, en horas de la mañana; inclusive ella se disculpó, disculpa que sobra porque nosotros mismos entendíamos cuán complejo es sacar tiempo de donde no lo hay o malgastarlo en trivialidades cuando hoy por hoy, cada segundo vale oro. Claro que, como dice una canción de *Héroes del silencio*, en ocasiones las cosas triviales se vuelven fundamentales.

Sin embargo, aunque parezca increíble, lo fundamental de ese viernes ya no sería el viaje, ni reunirnos con Viviana, sino la celebración del día del Amor y la Amistad a la que ella debía asistir sin dilaciones. De eso me enteré el jueves en la noche, cuando, un Oscar muy desanimado, me comunicaba semejante infortunio del otro lado de la línea telefónica: ¡Imagínese!- dijo él. ¿No me vaya a decir que...?- contesté enseguida y sin siquiera acabar la pregunta, añadiéndole a mi desazón ciertas palabras que no tiene sentido transcribir, pero que cualquiera podría adivinar

si se pusiera en mi lugar y frente a semejante situación. Pues sí, precisamente eso, que Viviana no puede recibirnos porque las directivas del Liceo organizaron la celebración del día de Amor y Amistad para mañana- argumentó largamente Oscar. ¿Y entonces?- volví a preguntar. Miremos qué pasa el sábado- señaló Oscar. Será esperar, no hay de otra- respondí, mientras me encogía de hombros en la ventana de mi casa para luego colgar.

Horas después, a solas y sentado frente a la pantalla escribía, que tantos inconvenientes, más que significarse en gestos de frustración o desánimo, habrían de constituirse en un punto de partida para reconocer que tanto la vida, como el devenir escolar, están permeados por un sinnúmero de contingencias propias de quienes viven y enseñan, pues no hay nada más incierto que el oficio de educar, ni cosa más impredecible que ser esto que somos: cuerpos en tránsito, rostros cambiantes, almas yendo de un lado a otro, relatos sin fin queriendo (re)escribir-se sus páginas inconclusas para así, quizás, volver a (re)comenzar.

Tal vez de eso se trate lo que Oscar y yo estamos haciendo, agregué, pues las narrativas pedagógicas no son sino ese palpito de que, quien tenga la posibilidad de aprender, (trans)forme su visión educativa en una otra mirada acerca de la escuela; es decir, que pase de tener "... una mirada ávida y voraz que apresa y que coge lo que mira", a empoderarse de "... una mirada que da, una mirada generosa que se entrega en su mirar mismo" (Larrosa, 2003, p. 181). Además, mientras bebía un sorbo de café, puntalicé: narrar es apenas ofrecer un conjunto de señales para ese otro que aspira y espera (re) encontrar sus huellas, en este intrincado sendero nuestro llamado educación, ya que:

Contar historias es una necesidad que acompaña al propio vivir. Vivimos y sentimos el vivir de un modo no siempre claro y resuelto, no siempre de un modo muy consciente en todas sus sensaciones e implicaciones. Pero en

relación a muchas facetas de nuestra vida, contamos y nos contamos las cosas que pasan, las cosas que nos pasan. (Contreras, 2016, p. 1)

Así, ya en la tarde-noche del sábado (nos) pasó lo que tenía que pasar; eso que durante días queríamos que (nos) pasara: cuando los encuentros tutoriales finalizaron, Oscar y yo concertamos nuevamente el encuentro con Viviana, quien lo trasladó para el lunes siguiente. Según ella, podíamos reunirnos a las 8:00 am y esta vez, sí sería una realidad y no una promesa como en las anteriores ocasiones. Con la tranquilidad de haber conseguido nuestro propósito, Oscar y yo retornamos a casa. Ya de regreso en Modelia, conversamos rápidamente sobre otros asuntos de la universidad, cuyos pormenores no vienen al caso. Después nos despedimos y cada quien empezó a presagiar lo por venir a su manera.

El domingo se escurrió sin ton ni son; en un espabilamiento como dicen los abuelos. Ni siquiera llamé a Oscar y él, supongo yo, aprovechó la jornada dominical para revisar la moto. La siguiente imagen que recuerdo es de mí mismo, recién bañado y listo para el viaje. Muy rápido se hizo de mañana: eso fue lo que pensé mientras, junto a mi viejita, esperaba la llegada de Oscar. Parados en el andén de la casa, mirábamos con insistencia hacia la esquina por donde Oscar suele aparecer cuando tenemos algo pendiente: un trabajo escrito, una exposición, una conversación... Al ver que no llegaba, yo me impacienté un poco, mientras que mi viejita se dirigió hasta el patio por un plato colmado de sobras de arroz.

Enseguida regresó y procedió a brindarle el repentino festín a un grupo de gallinas que desde hacía rato, buscaban algo de alimento entre las piedras y el polvo de la calle. Los plumíferos no dejaron sino rastros sobre un pedazo de cartón que les sirvió de comedero. Además, Pícaro y Rex, nuestras mascotas, aprovecharon que la puerta de la casa yacía abierta para salir a hacer

sus necesidades caninas. También la gatica de la casa vecina, andaba maullando de frío por ahí, cosa que traté de solucionar acariciándola, aunque nada como el calor del hogar para olvidarse uno de los sin sabores de existir. Debido a esto tomé a la minina entre mis manos y la alcé hasta una ventana por la cual pudo entrar de nuevo a su casa.

Luego volví con mi viejita. Hablamos sobre algunos temas que ya no recuerdo, pues la impaciencia de unas líneas atrás se me había convertido en una inusitada ansiedad; sensaciones que en esencia respondían a dos motivos: el primero, es que nunca he sido un tipo al que le guste mucho esperar, rasgo que comparto con las personas de esta época, puesto que a todos nos interesa perder el menor tiempo posible cuando hacemos tal o cual cosa; en otras palabras: queremos que la vida fluya sin contratiempos, que todo transcurra como debiera ser, que cada evento suceda y por eso, (in)conscientemente, lo que logramos es que –como bien lo expresa Larrosa (2003)– nada (nos) pase. Por andar de ansiosos, ignoramos detalles reveladores de ese vivir nuestro atestado de afanes y plazos que cumplir e informes para preparar; detalles que, al no haber sido (pre)vistos, traen consigo un plus casi que metafórico cuando se contemplan con detenimiento. En mi caso, por ejemplo, una vez que dejé de ver mi reloj y me dediqué a mirar la madrugada, tuve la impresión de que el día prometía lo mejor que cualquier par de viajeros podrían esperar: un clima sin presagios de lluvia.

Eso, por muy trivial que sea, ya era un gesto esperanzador de la naturaleza para con Oscar y yo; al menos lo entendí de esa manera.

El segundo motivo es que este lunes no era un lunes como todos los demás; por el contrario, era un lunes muy especial pues en este día Oscar y yo trataríamos de definir el destino de nuestra investigación, o mejor, de darle forma y sentido a partir de un sinfín de señales propias de la praxis pedagógica de la profesora Viviana Andrea Moreno Valencia, señales que al ser develadas,

nos permitirían ya no solo a los dos, es decir a Oscar y a mí, sino a los tres, contando a Viviana, (re)orientar el rumbo de lo que hacemos –o dejamos de hacer– en la escuela, en la vida y en los demás escenarios donde nos desenvolvemos a diario.

He ahí el por qué, me encontraba tan impaciente y con la ansiedad recorriéndome de pies a cabeza. Afortunadamente Oscar al fin apareció y entonces, antes de subirme a su moto, le di un beso a mi viejita en señal de despedida. Ella solo atinó a decir (nos), mirando en especial a Oscar: ¡Mucho cuidado! ¡Váyanse despacio, sin afanes! ¡Que la virgencita me los proteja! Asentimos con la cabeza y, así sin más, arrancamos.

Nos tomó cuarenta minutos llegar a las afueras de Ibagué y el frío, el proveniente de Cajamarca, comenzó a hacer de las suyas incluso por debajo de los sacos que tanto Oscar como yo llevábamos puestos. La carretera se hallaba un tanto despejada, aunque pronto aparecieron múltiples vehículos de carga pesada deslizándose por el asfalto: unos, frente a nosotros y otros a nuestra espalda. También había motos, autos particulares y uno que otro bus intermunicipal. Dicha afluencia de vehículos nos permitió, quizás sin saberlo, cumplir con la promesa que casi una hora antes le hubiéramos hecho a mi viejita: ir despacio, sin afanes y con mucho cuidado. Fuimos avanzando entre chanza y charla: un comentario por aquí, una idea en torno a la observación por acá, un recuerdo de las clases del sábado anterior mucho después; luego, una proyección más sobre cómo saldría todo aquello que durante semanas habíamos pensado acerca del quehacer pedagógico de Viviana, en fin. En esas estábamos, cuando el celular de Oscar timbró. Él lo sacó de su bolsillo y al escuchar lo que decía, entendí que un nuevo contratiempo estaba por hacernos perder el viaje: Viviana debía asistir a una reunión de último momento, donde se discutirían asuntos referidos a las reglamentaciones legales, en tanto conducto regular del Liceo Principito.

De cualquier forma, habiendo completado ya más de la mitad del viaje, Oscar convenció a Viviana de recibirnos y ella hizo lo mismo con las directivas del Liceo. Así, a menos de veinte minutos para llegar, lo que a las seis de la mañana parecía un trayecto insoslayable se (trans) formó en un palpito cercano, como si al girar en la próxima curva, tuviéramos frente a nuestros ojos, la puerta azul que tres semanas atrás Oscar y yo nos negáramos a cruzar, porque en ese momento no era necesario hacerlo. Seguimos rodando, acumulando kilómetros que íbamos sumando a nuestras millas de viajeros frecuentes y continuamos charlando: Oscar, señalando una orilla, me iba explicando sobre el fique y su proceso para fabricar cabuya; que la carretera vieja frente a la nueva; la primera, en especial, hizo que Oscar se acordara de sus viejas peripecias cuando de niño viajaba hacia la región a la que pronto llegaríamos: Hmmm... cuando llovía era complejo cruzar por ahí- decía él, indicando hacia la susodicha “carretera vieja”. Yo, por mi parte, le preguntaba si el paisaje que veíamos mostraba cambios significativos al cabo del tiempo, a lo que Oscar respondía que sí; que antes, las montañas lucían más verdes y mayormente pobladas, características que impactaban en el ambiente tornándolo mucho más frío, tanto, que el helaje que sentíamos mientras nos desplazábamos por la carretera, fuera casi que un “frío veraniego”, por decirlo de alguna manera. Para cuando arribamos a Cajamarca, eran las siete y cuarenta de la mañana.

Parqueamos frente a la Alcaldía. En una esquina había una venta de tinto; entonces nos dirigimos hacia allí por un poco de ese cálido aroma disperso en la atmósfera. Así fue otra la madrugada que pude percibir, pues los símbolos cambian de acuerdo al contexto y nuestras representaciones de ellos, mutan a causa de dicho traslado de imaginarios culturales.

Para darme a entender: en mi casa la madrugada huele a café y a trájín diario y sobre todo, a sacrificio y a entrega: mi viejita nunca

falta a su cita con su familia; en Cajamarca, en cambio, el parque central olía a café y a néctar de naranjas y a súplicas aéreas que, zumbando de un lado a otro, parecían pedir una pizca de dulce para saciar sus instintos naturales. Al margen de este lapsus aclaratorio, Oscar y yo pedimos dos cafecitos calientes. ¿Para llevar o para tomar acá?- preguntó una señora, con toda la amabilidad del caso. Para tomar acá- contestó Oscar. La señora nos pasó dos pocillos de porcelana casi llenos. Yo terminé mi café en un santiamén. Oscar se demoró un poco más. Luego de pagar, empezamos a caminar buscando un lugar desde el cual marcarle a mi viejita para avisarle que ya habíamos llegado a Cajamarca. Cuando lo encontramos, hice la llamada, pero me tocó dejar razón con mi papá porque mi viejita no estaba en casa. Después regresamos a un lado del parque. Allí, Oscar me comentó que iría nuevamente al SAI para recargar minutos y con ello poder hablar por *Whatsapp* con Viviana. Así sucedió. Ahora lo único que faltaba era que el reloj se acercara a las ocho.

A diez minutos de la hora señalada para el encuentro, Oscar y yo nos desplazamos hacia el Liceo. Por extraño que parezca, vale mencionar que no dimos con su ubicación aunque en el viaje anterior, Viviana nos había mostrado donde quedaba, no solo el Liceo, sino también otros sitios de interés en Cajamarca. Debido al Alzheimer momentáneo, al cabo de varias vueltas y muy desorientados, tuvimos que abordar a una señora, quien nos indicó que solo debíamos recorrer una cuadra y girar a la izquierda; que allí se hallaba el Liceo Principito. Y sí, en efecto, ahí estaba la edificación de fachada y puerta azules. En la entrada, una mujer joven nos vio descender de la moto. Su apariencia (rostro candoroso, blusa con símbolos infantiles y pantalón azul rey), me hizo pensar que era profesora. Oscar –vía *Whatsapp*– le avisó a Viviana que ya la estábamos a las afueras del Liceo. En segundos, Viviana, toda vestida de un azul, un tanto más profundo y asomándose por la puerta, nos saludó de beso en la mejilla, invitándonos a pasar en

seguida. Además, procedió a presentarnos con la joven: -ella es Tatiana, nuestra profesora de transición-, exclamó Viviana. Luego dijo: ellos son mis compañeros de la universidad. Oscar y yo nos turnamos para estrechar la mano de la profesora, sumándole nuestros nombres al gesto de apertura típico entre quienes acaban de (re) conocerse en su-s persona-s y en su-s profesión-es.

En el interior del Liceo también tuvimos el grato placer de (re)conocer a la profesora María Florenia Carvajal Montoya, quien ostenta el título profesional de Magister y no solo es la fundadora de la institución, sino también su directora y jefa de Viviana. Inclusive más tarde nos daríamos cuenta que su nombre, el de la profesora María, tiene un espacio muy importante en el himno del Liceo; uno en el cual los niños y niñas le agradecen, en coro, haber fundado la institución. Pero retomemos el momento del saludo con la profesora María. La vimos acercarse cuando íbamos a la mitad del patio principal: es una señora de estatura media, de pelo entreverado con los claro-oscuros propios de la edad, de mirada amplia y tendiente hacia lo alto; y lo alto aquí, no es sino el rostro de las personas que están delante de ella, en este caso nuestros rostros. Uniformada como Tatiana y Viviana, lo que revela un enorme sentido de pertenencia hacia su institución, nos saludó con cordialidad. Viviana le explicó quiénes éramos y nosotros argumentamos nuestra visita, cerrando el cruce de palabras con el consabido estrechón de manos. La profesora María finalizó la formalidad manifestándonos: ¡Bienvenidos, es un placer tenerlos aquí! ¡Manos a la obra! Después, nos internamos hasta la parte posterior del Liceo por un pasillo que separa las aulas: cuatro espacios pequeños, por cuanto la comunidad escolar no supera los cien estudiantes, un aspecto que hace de la enseñanza, una experiencia casi personalizada.

Mientras caminábamos noté que la algarabía era generalizada. Si bien los niños y niñas estaban en clase, la proximidad de las aulas

(re)producía, tanto las voces de los estudiantes como las de las profesoras: todas esas voces iban replicándose por cada rincón del Liceo como en una especie de caja de resonancia. Pero lo bonito, y digo bonito porque así se sentía, fue haber percibido que lo que resonaba no era la indisciplina ni el (des)orden institucional, sino una otra representación de la infancia por venir; antes, habíamos tenido la oportunidad de ir a varias instituciones educativas y en ellas parecían estar prohibidos los murmullos, las risas y los secretitos que el aire (des)cuelga por ahí; incluso la caída de las hojas en otoño, parecía silenciada ante la normalidad escolar típica de las escuelas y colegios de los grandes centros urbanos. Este detalle inusual me empujó a pensar que quizás los docentes le tenemos miedo al ruido, porque nos acostumbramos al silencio abrumador de la pasividad profesional; que tal vez, ese ruido que se escuchaba en el Liceo Principito, no era otra cosa que la musicalidad de la niñez, la armonía natural de nuestros primeros años en la escuela, el tono disonante y salvaje<sup>8</sup> que muchos perdemos con la precocidad de estos tiempos y que luego de no tenerlo ni escucharlo, por el cambio paulatino de nuestros timbres vocales, descubrimos extrañados de nosotros mismos; echando(nos) de menos esas peculiaridades difíciles de recuperar y no nos referimos a la voz sino a ese cúmulo de recuerdos que se (nos) van yendo en apenas un abrir y cerrar de ojos; en un simple tartamudeo que ya no tiembla de ingenuidad en nuestros labios que, por estar temblando en otros y ya como docentes debemos corregir(los), ordenar(los), aquietar(los) y en definitiva, silenciar(los), en aras de un buen clima escolar.

Retomando el hilo narrativo acaso perdido en el párrafo anterior, vale indicar que Viviana

<sup>8</sup> La voz de un niño bulle indomable desde las entrañas mismas del lenguaje: dice cosas y cabalga imágenes, deletrea frases y recorre mundos, lee párrafos y comple (men)ta historias siempre nuevas, canta canciones y lo que se escucha es una otra sinfonía sin escala; recita poemas y sus versos son –sí quizás pudiéramos sentir como niños– la poesía que reclama el anciano, el adulto, el adolescente... la que reclamamos todos... la que en ocasiones yo mismo le reclamo al niño que ya no corre por mis venas, ni cabalga mi corazón, ni grita (en) mi alma ya sin vos.

tenía clase con los niños y niñas del grado tercero. Así, junto a ella, Oscar y yo entramos al aula. De inmediato los chiquillos nos dieron los buenos días, gesto por demás edificante pues se nota que lo hacen a menudo. Viviana, al igual que en ocasiones anteriores, nos presentó como sus compañeros de universidad y acto seguido, mencionó el porqué de nuestra presencia allí. Tomamos un lugar entre los estudiantes, lo cual nos hizo sentir como en casa o recordar, quizás, pasajes de antaño vinculados con nuestro paso por la primaria. Lo que sucedió luego, resultará estremecedor si se lee desde la exterioridad de una praxis pedagógica ajena a la nuestra; es decir, lo que queremos dar a entender, es que las siguientes palabras, puestas en consideración, necesitarán de un gesto de apertura por parte de quienes las lean; también, de una (des) identificación de su subjetividad frente a lo que pasaremos a contarles; incluso, de una (re) capitulación de su propia trayectoria escolar, a partir de una otra historia, (con)formada a partir del accionar pedagógico de la profesora Viviana Andrea Moreno Valencia en el Liceo Principito.

Todos y cada uno de dichos elementos, son vitales para no reducir lo vivido, por Oscar y por mí, en compañía de Viviana, a un simple punto de vista permeado de diagnósticos o hipótesis ligeras que no vienen al caso: hacemos un llamado a la reflexión. La idea es, entonces, no proferir juicios de valor desde el escenario ideal de la educación, sino ponernos en los zapatos del otro, en este caso, en los de la profesora Viviana, para aproximarnos con detenimiento, al por qué hacemos esto o aquello; en nuestro rol como docentes, recordemos que:

Los especialistas en educación parecen presuponer –un hombre dentro del hombre– cuando describen a un buen profesor como alguien infinitamente seguro, atento y complaciente, técnicamente eficiente, insensible a los cambios de humor. Probablemente le definan por el rol que se espera que desempeñe en la clase, con todos los cabos bien atados y todas las dudas

resueltas. Las diversas realidades en las que él existe como persona viva han sido pasadas por alto. Su biografía personal ha sido olvidada, así como las diferentes maneras en las que se expresa a sí mismo a través del lenguaje, los horizontes que percibe y las perspectivas con las que mira el mundo. (Greene, M. Citada por Ortega, 2006, p. 2)

Ahora sí, como bien lo dijera la profesora María, ¡manos a la obra! Ya desde el inicio de la clase, Oscar y yo notamos un cierto atisbo de distancia entre Viviana y sus estudiantes; una especie de cerco casi que infranqueable y tejido, hilo a hilo, por el tipo de lenguaje con el que Viviana se dirigía a los niños y niñas de grado tercero. Fue extraño escucharla hablar de la forma en que lo estaba haciendo; rarísimo en verdad, pues quienes tenemos el placer de conocerla, sabemos que una de sus fortalezas en tanto lenguaje es la musicalidad de su voz; incluso semestres atrás, un compañero nos comentaba cuán placentero sería entablar una conversación con Viviana, quien –según él–, tenía una voz hermosa y muy dulce. Pero veamos a qué viene la enunciación de palabras como “extraño” y “rarísimo” cuando nos referimos al modo de hablar de la profesora Viviana.

El lunes 18 de septiembre, el día de nuestra visita, iniciaba el cuarto período académico en el Liceo Principito y de acuerdo con lo que observamos, los estudiantes dan la bienvenida a cada período, mediante un diseño multicolor en su cuaderno de apuntes, plasmando sobre el papel dos palabras: “Cuarto período”, para el caso que vivenciamos. Sin embargo, lo que parecía una actividad sencilla desde nuestra perspectiva de recién llegados, comenzó a tornarse un tanto compleja por los evidentes gestos de desdén de Viviana para con sus estudiantes; gestos que en algún momento ella acompañó con palabras como: ¡haga algo! ¡Raro en usted que nunca hace nada bien! ¡Mire a ver si...! Frases que, en el ejemplo, fueron lanzadas a uno de los niños más inquietos del grado y del Liceo en general:

Nicolás Molina. Dichas frases, aun siendo habituales y no sé si acordes con la cotidianidad escolar del Liceo, hacían que Oscar y yo, nos miráramos de reojo para tratar de entender la situación; ¿quién era esa Viviana, que en nada se parecía a la Viviana que nosotros conocíamos? ¿Dónde había quedado la profesora Viviana que al inicio de nuestra carrera, empleaba frases como “mis chiquitos” cuando se refería a sus estudiantes? ¿Era un sueño o la inevitable realidad la que nos mostraba, cuán lejos estamos de llegar a entender ese oficio de educar?

Desde mi lugar no podía comprenderlo y me sentía como atornillado al pupitre, sin ganas de levantarme; sin esos deseos que horas antes, habían sido el detonante de echar a rodar por la carretera, vislumbrando cuán prometedor lucía el viaje que realizaríamos con Oscar. ¿para esto viajé?- me preguntaba mientras observaba a los niños-, quienes a pesar de lo que les decía Viviana se mostraban contentos, receptivos, impasibles; incluso sonreían y todo ello no hizo más que sumergirme por completo en el abismo de no saber absolutamente nada en torno al fenómeno de la formación humana.

Justo ahora, mirando el viaje en retrospectiva, pienso cuán innecesario ha sido haber escrito cientos de páginas acerca de la educación, de la experiencia como posibilidad formativa, de lo contradictorio que resulta eso del ser cuando hoy por hoy, prevalece el hacer; de lo que habría de impulsarnos a educar en favor de la infancia por venir... Además, ¿cómo abordar de ahora en adelante tales temáticas, cuando la realidad de las problemáticas escolares trasciende cualquier impulso discursivo que uno pudiera sentir? De qué tratarán mis conversaciones con Oscar, si lo experimentado en el Liceo Principito, era casi que la última palabra; es decir, ¿educamos desde la profesión y no desde la vocación, desde la prohibición y no desde la posibilidad? Apenas ayer, dos días después del viaje a Cajamarca, Oscar empleó el adjetivo “negativo”, para significar lo observado, pero no sé si dicha palabra sea la apropiada; y

más aún, no quiero saberlo ni remitirme a un solo adjetivo, a una sola palabra, puesto que el viaje, (re)creó un sinfín de adjetivos y palabras mucho más esperanzadoras que la expresada por Oscar. Pero esto lo iremos develando a medida que vayamos avanzando.

La clase con el grado tercero finalizó a eso de las ocho y cuarenta de la mañana. Junto a Viviana nos desplazamos hacia el aula del grado quinto. Los temas del día serían proseguir con la lectura del cuento *Corazón delator*, de Edgar Allan Poe (texto seleccionado por los estudiantes, ya que a ellos –según Viviana–, no les gustan los cuentos infantiles) y la opinión y el comentario crítico a partir de la lectura realizada. Los saludos y presentaciones se repitieron, por lo cual, está demás enunciarlos con propiedad. Además, Viviana agregó, que a Oscar le gustaba mucho la literatura y que lo mío era la escritura, palabras que empujaron a Carlos Mario a decir, que si estuviese Duver, uno de sus compañeritos, la clase hubiese sido toda una batalla de poesía por cuanto según Viviana, Duver es un ávido lector de libros y géneros literarios diversos. Luego Viviana nos contó que la elección del cuento *Corazón delator*, respondía a una manera de tomar conciencia frente a un hecho de indisciplina acaecido en el aula días atrás: alguien había rayado el escritorio de la profesora y nadie quería hacerse cargo de tal responsabilidad; de ahí surgió la iniciativa de leer un texto ejemplarizante en tanto toma de conciencia, como el cuento de Poe, donde la culpa es el símbolo esencial de su trama narrativa.

Oscar y yo nos insertamos al grupo tomando asiento. Yo me acomodé cerca de la ventana y en cuya saliente, pude observar un arrume significativo de libros. Oscar se ubicó en la parte de atrás, contra la pared. El aula estaba adornada con bombas multicolores por cuanto hacía poco, se había celebrado el día de Amor y Amistad. También vi el horario de clase, pintado a colores en un rincón. Mientras veía todos estos detalles, los niños llevaban un buen rato leyendo

el cuento de Poe desde el celular de Viviana. La actitud de Viviana mejoró ostensiblemente con respecto al grupo anterior, aunque de su lenguaje afloraron algunos desatinos que son reserva del sumario y que, a su vez, me hacen pensar que el hilo conductor de los procesos de enseñanza-aprendizaje del Liceo, tal vez no sea el decir pedagógico, sino una otra dimensión del ser humano; también del sujeto docente, de la que hablaremos más adelante.

Los niños y niñas del grado quinto leyeron en voz alta y con enorme talento, ¿por qué no habríamos de exaltarlos? Así, unos a otros se fueron turnando el celular, ignorando la algarabía generalizada de la que hablamos en páginas anteriores. En algún momento, la lectura se vio interrumpida por la irrupción de los niños y niñas de transición. Cabe señalar que las aulas de tercero, segundo y quinto, tienen una puertecita que da al salón de transición, lo cual hace inevitable que los estudiantes más pequeños del Liceo, corten las clases de sus otros compañeros cuando así lo requieran. Luego tuvimos que hacer otra pausa; esta vez por la aparición de una frase desconocida que no pude explicar porque me tomó por sorpresa. Cuando Oscar regresó, dado que había salido por un momento del aula, yo lo abordé frente al tablero y le pedí que consultara el significado del enunciado extraño: “negra como la pez”. *San Google* nos sacó del aprieto, entonces compartimos la respuesta con los estudiantes. Vale añadir que Oscar y yo también leímos; que en el caso de Oscar, uno de los niños, Carlos Mario, dijo haber sentido miedo de su voz; que en lo que a mí respecta traté de leer como siempre lo hago; que en general todos los allí reunidos, pudimos encontrarnos alrededor de la lectura, (trans) formando dicho instante, en un espacio permeado de risas, palabras de exaltación, comentarios en torno a lo que íbamos escuchando, en fin. Lo que vivenciamos durante casi media hora junto a Viviana y a los niños y niñas del grado quinto, nos permite traer a colación el siguiente pasaje larrosiano:

La experiencia de la lectura, si es un acontecimiento, no puede ser causada, no puede ser anticipada como un efecto a partir de sus causas, lo único que puede hacerse es cuidar de que se den determinadas condiciones de posibilidad: sólo cuando confluye el texto adecuado, el momento adecuado, la sensibilidad adecuada, la lectura es experiencia. Aunque nada garantiza que lo sea: el acontecimiento se produce en ciertas condiciones de posibilidad, pero no se subordina a lo posible. (Larrosa, 2003, p. 40)

Una vez finalizada la lectura del cuento, Viviana pasó a explicar las diferencias entre lo que es una opinión y un comentario crítico, pues en ello se sustentaba la segunda parte del itinerario académico de la jornada. Después, confrontó lo explicado cuando les pidió a sus estudiantes, hacer un comentario oral y crítico acerca del cuento leído; a lo que unos y otras atendieron de muy buena manera. Incluso Viviana los invitó a escribir dicho comentario en sus cuadernos de apuntes, aunque cuando lo hizo nos miró a Oscar y a mí para decir (nos) que sus estudiantes eran muy penosos tanto para exponer como para escribir. En este punto, Oscar trató de ejemplarizar lo que era un comentario crítico, aunque al hacerlo empleó palabras, más del argot universitario y no del nivel de educación básica primaria, que los niños y niñas obviamente no entendieron ni entenderían.

La cuestión es que entre todos, llegamos a un consenso en torno al cuento: que el sentimiento de culpa es inevitable y siempre habrá de perseguirnos a donde quiera que vayamos. Al cabo de las intervenciones, yo le pedí el cuaderno a Allison, como para mirar qué temas habían visto y cuánto escribía. Al observar las páginas descubrí que ella presentaba problemas de ortografía muy marcados; pero con esto, no quiero señalar el desempeño ortográfico de Allison como un error o una falla solo de ella, sino también vincularlo con algo que le sucede también a Viviana; a menudo, en su rol



de estudiante universitaria, suele preguntar (nos) si tal o cual palabra lleva tilde y en dónde, o que si ha tildado correctamente esta o aquella. Cuando terminó la clase, yo me acerqué a Viviana para conocer su percepción en torno a las particularidades ortográficas detectadas al mirar el cuaderno de Allison, a lo que Viviana respondió, que dadas sus debilidades en el campo, era la profesora María, quien se encargaba de revisarles los cuadernos a los estudiantes y por consiguiente, corregir los errores evidenciados<sup>9</sup>.

En cuanto a lo anterior, recuerdo que ya de regreso a casa, Oscar y yo discutíamos el porqué del cuento *Corazón delator*. Nos preguntábamos cosas que solo respondíamos a medias porque no contamos con la experiencia pedagógica suficiente, para sustentar tal ejercicio dialéctico; es decir, solamente (pre) suponíamos, que si Edgar Allan Poe, en especial sus temáticas con un rigor psicológico muy bien marcado, era un autor propicio para llevar a un grado quinto; que si la manera de abordarlo requería el texto impreso o estaba bien leerlo del celular de la profesora Viviana; que si acaso, no existían textos menos complejos con los cuales lograr la finalidad formativa de la clase de ese día (diferenciar entre una opinión y un comentario crítico); que si en verdad, el texto era así de complejo o éramos nosotros los que le estábamos buscando cinco patas al *gato negro*; que luego lo esencial, más allá de lo cognitivo, no es acaso la experiencia de no solo leer un texto cualquiera, en este caso el cuento de Poe, sino también el haber compartido esa lectura con esos otros que

son nuestros compañeros y nuestro profesor, todos confluyendo en un lugar común pero desde la pluralidad...

También surgieron otras cuestiones relacionadas con el aspecto ortográfico, pues nos costaba entender si era o no (in) debido, dejarlo en el marco del área de Lengua Castellana. Son niños- decía Oscar. Luego, si la memoria no me falla, apuntó: si nosotros, ya adultos y dizque sabedores de cualquier tema, constantemente nos equivocamos, ¿cómo pedirles a ellos que no lo hagan, si apenas empiezan a recorrer el camino del aprendizaje (in) significativo? Para la muestra, un botón, ¿o qué tal, las de Viviana?- contesté yo y ambos estallamos en risas. Pero todo esto fue mucho después; miremos ahora lo que (nos) pasó antes, cuando Viviana, Oscar y yo, nos trasladamos hacia el aula de cuarto grado, nuestra última parada en el viaje escolar al Liceo Principito.

Recién entramos al aula –a eso de las nueve y veinte–, situada al frente de la del grado segundo, el distanciamiento entre Viviana y sus estudiantes se hizo cada vez menor, lo que nos empujó a pensar en que quizás, ella siente más afinidad con los niños y niñas del grado cuarto<sup>10</sup>; incluso percibimos que Viviana hablaba cosas de más sobre ellos, como si por motivos ajenos a nuestro entendimiento los prefiriera; se la pasó dándonos referencias acerca de sus talentos y particularidades: que Jorge, un niño con síndrome de Asperger, es casi un genio que siempre llega a clase comentando cosas inusuales para un niño de su edad (cuando veníamos para Ibagué, Oscar me dijo que Jorge le había explicado, qué era la física cuántica, ¡insólito! ¿no creen?); que Santiago y sus dotes de científico, quien luego nos compartiría un dato sobre el estadio más grande del mundo, ubicado en Corea del Norte (Oscar constató esta información en *Google* y el niño tenía razón, dicho estadio si existe y es el de mayor capacidad a nivel mundial);

9 Si bien en este párrafo se enuncian palabras como “problemas”, “falla”, “error” y “debilidades”, quisiéramos que nuestros lectores no las entendieran desde la objetividad discursiva, tampoco desde el punto de vista clarificador del observador de turno, sino desde la propia subjetividad de los niños y niñas, quienes durante su vida escolar enfrentan un sinnúmero de problemáticas de las cuales, la ortografía es la que menos impacta sus formas y modos de representar el mundo de las cosas, de (re)configurar sus imaginarios, de (co)implicarse afectivamente con sus compañeros y maestros. Somos seres abandonados a las contingencias del (con)vivir y si en algo debiéramos –o quisiéramos– ayudar a nuestros estudiantes, entonces ayudémoslos a sonreír más, a cumplir sus sueños, a pintar de colores la tarde, a mirar lo por venir con un atisbo de esperanza, a (pro)seguir andando por ese intrincado sendero que llamamos vida. Lo demás viene por añadidura, sea esto conocimiento, competencia o cualquier cosa sin sentido de las que tanto se enseñan en la escuela de la nada pedagógica.

10 Puede ser, pero eso solo lo sabremos en un próximo encuentro donde observaremos el quehacer pedagógico de Viviana en los grados transición, primero y segundo.

que Ricardo y su humor siempre nuevo e insospechado, porque a menudo inventa chistes y hace reír a toda la clase; incluso a mí, me contó algunos a la hora del recreo y son muy buenos; que Sofía, la niña que hace lo que quiere y en ocasiones su indisciplina se traduce en múltiples interrupciones al andamiaje conceptual y metodológico de la clase; aunque queda claro que entre ella y Viviana la relación trasciende lo académico porque pudimos darnos cuenta de cuán conectadas están, sobre todo notamos (en pleno recreo), cuando ambas se hacían guiños e intercambiaban opiniones con respecto a sus comidas y trataban de permanecer muy cerca una de la otra; en definitiva, podríamos manifestar que Viviana y Sofía son, más que profesora y estudiante, amigas y que es muy notorio cuánto se quieren.

Retomando el inicio de la clase, simplemente agregaremos que el tema del día, era el teatro y que para su abordaje Viviana tenía pensado emplear la cartilla *Habilidades comunicativas*, el libro guía del Liceo por decirlo de algún modo, pues ya antes Viviana lo había utilizado con los niños del grado quinto, cuando explicó lo de la opinión Vs. el comentario crítico, ¿se acuerdan de esto? Viviana les preguntó a los niños sobre una clase pasada donde habían visto algo sobre el tema, pero ellos no pudieron recordarlo y entonces Viviana empezó su abordaje pedagógico. Hizo presentes eventos de la vida diaria, obviamente concernientes al tema, con los que fue ubicando a los niños y niñas en el contexto de lo que tratarían en clase: ¿quién ha ido a ver una película?- preguntó Viviana a sus estudiantes; entonces ellos respondieron alzando la mano para pedir el turno y así poder intervenir. ¿Quién sabe qué es un concierto?- volvió a cuestionar Viviana, pero esta vez los niños se miraron unos a otros sin saber qué decir, por lo cual alguien –ya no recuerdo si fue Oscar o fui yo–, anotó algo sobre *Kraken filarmónico* y ahí sí, los chiquillos entendieron el trasfondo de los ejemplos compartidos por Viviana, su profesora. La explicación culminó con el muestreo de un

mosaico de fotos que retrataba varios teatros, el cual fue yendo de mano en mano hasta que el último de los estudiantes vio con sus propios ojos, aquello de lo cual habían estado hablando, es decir el teatro.

Acto seguido, Viviana expresó que el teatro era, además, un modo de expresión empleado para comunicar emociones y sentimientos. Para ahondar en ello, tomó la cartilla *Habilidades comunicativas* y la abrió en una página determinada, sugiriéndoles a los estudiantes ir leyendo poco a poco el texto allí presentado (las olas y el marinero); sugerencia que ellos aceptaron y así, sin más, la cartilla fue cambiando de manos y de voces y de estilos de lectura y de posturas; para enfrentarse a ello, unos leían muy centraditos y en su lugar, otros lo hacían con sus pies metiditos en la parte baja del pupitre y Sofía... ¡ay, Sofía! Sofía no quiso leer absolutamente nada porque así es ella; porque está en su naturaleza ser de esa forma, igual –y esto es un pensamiento muy nuestro, quizás suyo si lo tienen a bien–, los niños no se la llevan bien con las normas y regulaciones y voces de mando que imperan en la escuela: son niños, no presos ni enfermos a los que debemos controlar o corregir. Larrosa (2003), invocando a Nietzsche, expresará: “El niño es inocente y olvida; es una primavera y un juego, una rueda que gira sobre sí misma, un primer movimiento, una santa afirmación. ¡Oh hermanos míos! Una afirmación santa es necesaria para el juego divino de la creación<sup>11</sup>” (p. 655). Pero sigamos con la clase, no perdamos el hilo.

Pese a los recurrentes sobresaltos de ánimo que padeció Viviana, merced de la actitud (in) diferente de Sofía frente a la temática abordada, los otros niños y niñas pudieron leer el texto a sus anchas; que era una obra de teatro donde un

<sup>11</sup> La “creación” no es otra cosa que el milagro por venir de la formación, al menos así lo entendemos luego de haber leído varios textos de Jorge Larrosa. Aunque no está demás manifestar que estamos abiertos a las interpretaciones que, sobre ello, ustedes puedan (re)crear o (re)configurar, de eso se trata el ejercicio narrativo que hemos querido poner en consideración, es decir una especie de juego de las posibilidades y complicidades.

niñito dialogaba con la olas y con los marineros, (re) creándose así, una atmósfera propicia para que los estudiantes del grado quinto pudieran entender y quizás vivenciar, a qué se refería la palabra teatro. El último momento de la actividad fue un dictado, más conceptual que otra cosa. Viviana iba leyendo mientras sus estudiantes tomaban apuntes. De vez en cuando releía, procurando que aquellos niños y niñas, que habían perdido el ritmo de su escritura pudieran recuperarlo. Oscar, sentado en el escritorio profesoral, revisaba una cartilla de las pruebas SABER PRO recientemente aplicadas. Viviana nos había pedido el favor de mirar un ejercicio de lectura interpretativa que, según ella, era muy elevado para los estudiantes de grado quinto, a quienes les fue aplicada la prueba ministerial, apenas el miércoles anterior. Oscar se me acercó diciendo, en relación a una pregunta de la tal prueba, que él creía que la respuesta era la opción número 2. Yo leí la pregunta, también el texto del cual se desprendía y por más que intenté, no logré conectar lo que pedía el MEN con las opciones dadas; impedimento que tenía relación con la presunción de Viviana: esa prueba no estaba acorde con el desarrollo cognitivo y procesual, en tanto lectura de los estudiantes de grado quinto; más aún, Viviana ya nos había comentado que otros colegas de grados superiores, vieron dicha pregunta en los cuestionarios diseñados para ser aplicados en la consabida jornada de miércoles. Con respecto a esto solo anotaremos que así es esta educación: un escenario atestado de contradicciones, abandonado a pruebas descontextualizadas porque son confeccionadas en otras latitudes y en razón de unos estándares referidos más a la oferta y demanda, es decir al mercado laboral y no, como quizás debiera ser, a las verdaderas necesidades de formación de quienes deben abocarse a contestar 50, 100 o 400 preguntas que no les atañen suficiente<sup>12</sup>.

12 En el video Una educación del siglo XIX en pleno siglo XXI, Ken Robinson, uno de los personajes del material, alude que las pruebas estandarizadas solo sirven para una cosa: para convertir a los estudiantes en “contestadores de pruebas”, pues a eso apuntan los exámenes cuando no se sustentan en un trasfondo formativo que busque la trascendencia

Así entonces, la clase terminó casi a las diez, entre dictados, preguntas y un sonido metálico anunciando la llegada de la hora del recreo. Viviana nos invitó al patio principal del Liceo, donde los niños y niñas, no solo estaban jugando, sino también compartiendo sus alimentos con compañeritos y profesoras.

### Consideraciones finales

Mientras caminaba, con Oscar a un lado y Viviana del otro, aunque hablábamos de ya no recuerdo qué cosas, pensaba que el viaje había sido como lo esperábamos: no un viaje ideal sin contratiempos y atestado de primaveras y cancioncillas (des) colgándose por ahí; tampoco una experiencia negativa como después lo diría Oscar, sino un viaje de –y para– la experiencia, por cuanto logramos capturar, ya sea en nuestra memoria o sobre el papel, un sinfín de detalles y señales, a partir de las cuales (des) entender, quiénes somos y nuestro rol en la escuela.

Lo que vivenciamos durante el viaje, al ser narrado, muestra –y seguirá mostrando (nos) – cuán equivocados estamos al catalogar el oficio de educar como una profesión y nada más. Páginas atrás y previo a todo lo relatado hasta aquí, les hicimos una invitación: leer (nos) desde una perspectiva reflexiva, sin prejuicios; no desde la exterioridad por cuanto *más allá del ver está el mirar*, sino desde la (co) implicación con el rostro y la subjetividad, que fueron tomando cuerpo y forma en la persona de la profesora Viviana Andrea Moreno Valencia y por consiguiente, en su praxis pedagógica en el Liceo Principito de Cajamarca, Tolima.

Dicha petición se sustenta en dos cosas, un par de pálpitos que queremos compartirles: el primero es que, en el sentido mëllichiano de la alteridad, los seres humanos somos ángeles y demonios, luz y oscuridad, bellas y bestias,

sociocultural de los estudiantes. Pero eso es otro cuento que no tiene sentido en el marco de ésta otra narración pedagógica. El video está disponible en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=X2nWP-9bztWM>

sujetos erguidos y jorobados... ambivalencias que se significan en nuestras formas de pensar e interactuar en diversos contextos de confluencia comunicativa; el segundo, vinculado al recién enunciado, es que dicho rasgo ambivalente es necesario, esencial y vital para, precisamente, (re) conocernos en los otros y en sus contingencias, para (des) identificarnos con lo que les sucede en la escuela, con lo que pasa en sus vidas, con lo que les acontece en el discurrir cotidiano y con relación a sus diversos roles.

Solo de esa manera podremos saber si lo leído, o lo narrado, o lo vivenciado narrativamente, verdaderamente (nos) sucedió; si (nos) pasó; si (nos) aconteció a lo largo de un viaje que, quizás sin saberlo, también nosotros hicimos desde el otro lado de la pantalla.

Por último, lo que no quiere decir que el viaje haya llegado a su fin, es gratificante para nosotros manifestar que viajamos buscando una pizca de la perdida vocación docente y lo que encontramos, por increíble que suene, fue un algo de mayores proporciones en tanto humanidad y entrega sin reservas en favor del otro: frente a nuestros ojos, en varios momentos de la observación, desfilaron abrazos y palabras de cariño y preguntas acerca del bienestar de los niños y niñas que por diversas razones no habían asistido ese día a la escuela... todos esos gestos, enternecedores por demás, iban y venían de los estudiantes hacia Viviana y viceversa, por lo cual preguntamos: ¿si eso no es amor, entonces qué es el amor? ¿Qué hace que nuestros niños asistan

a la escuela? ¿Será el aprendizaje? ¿Quieren en verdad nuestros niños ser educados? ¿Será acaso, el amor que les brindamos en la escuela lo que mueve a los niños, lo que los impulsa a despertarse cada mañana para ir a recibir la lección, lo que les hace olvidar quienes son porque en clase, cuando son amados, sienten que pueden llegar a ser lo que nadie cree que serán? ¿Amamos a nuestros niños?, los queremos quizás, ¿quisiéramos amarlos tal vez? Tú que nos lees: ¿amas a tus estudiantes? ¿Sabes, o quizás sientes, si ellos te aman a ti? ¿Te gustaría saberlo o, tal vez, sentirlo?

Estas cuestiones las abordaremos en nuestro próximo viaje. Por ahora los conminamos a meditarlas; además, queremos dejarles algo que podría ayudarles a abrir su mente de perspectivas en torno a lo por venir:

Desde ese punto de vista, la educación tiene que ver con el quizá de una vida que nunca podremos poseer, con el quizá de un tiempo en el que nunca podremos permanecer, con el quizá de una palabra que no comprenderemos, con el quizá de un pensamiento que nunca podremos pensar, con el quizá de un hombre que no será uno de nosotros. Pero que, al mismo tiempo, para que su posibilidad surja, quizá, del interior de lo imposible, necesitan de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras palabras, de nuestros pensamientos y de nuestra humanidad. (Larrosa, 2003, p. 664).

## Referencias bibliográficas

- Contreras, J. (2016). *Tener historias que contar: profundizar narrativamente la educación*. Revista Roteiro, 41 (1), 1-19. Recuperado de <http://editora.unoesc.edu.br/index.php/roteiro/article/view/9259/6990>
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México: FCE.
- Ortega, P. (2006). *Subjetividades del maestro en la escuela. Nuevos sentidos y configuraciones*. Revista Nodos y Nudos, 3(21), 1-9. Recuperado de <http://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/NYN/article/view/1287/0>

### Referencia

Richard E. Hayek y Oscar I. Cuellar. *De regreso a Cajamarca. Una travesía de observación en torno a la vocación docente. (Re) cuento del viaje*

Revista Ideales (2019), Vol. 8, 2019, pp. 45 - 57

Fecha de recepción: Enero 2019

Fecha de aprobación: Mayo de 2019